

conocimiento de nuestra madre este asunto. Os doy mil gracias por todo, recordadme á mi hermano; esta noche, temprano, enviaré la respuesta con el resultado.

LUCIO.—Adiós, señora.

ISABEL.—Mi buen señor, adiós.

(*Salen.*)



ACTO II

ESCENA I

Aposento en la casa de Angelo

Entran ANGELO, ESCALO, un JUEZ, el PREBOSTE, oficiales y séquito.

ANGELO

Es necesario que no hagamos de la ley un espantajo para atemorizar á las aves de rapiña, hasta el punto de que, viendo su inmovilidad, se acostumbren á encaramarse sobre el objeto mismo destinado á infundirles terror.

ESCALO.—Tenéis razón; no obstante, bueno es que afilemos la cuchilla de la ley para herir ligeramente, más bien que para dar golpes mortales. ¡Ah! ese hidalgo á quien querría salvar era hijo de un hombre honrado. Dignaos considerar, vos á quien creo virtuosísimo, que en la efervescencia de vuestros propios afectos, si la ocasión hubiese coincidido con el lugar, ó el lugar con el deseo, y que para obtener el objeto de vuestro anhelo hubiese bastado el impulso irresistible de la sangre, sin duda hubiérais incurrido en la misma falta por la cual le condenáis hoy, y atrajeráis la ley sobre vos.

ANGELO.—Una cosa es ser tentado, Escalo, otra cosa sucumbir. No niego que un jurado que condena á muerte á un preso, puede contar en los doce jueces que le componen uno ó dos ladrones más culpables que el hombre á quien juzgan; pero la justicia sólo se apodera del crimen cuando es posible juzgarlo. ¿Qué importa á las leyes el que ladrones juzguen á ladrones? Nos bajamos á recoger la joya que encontramos; pero hallamos la que no vemos, sin pensar jamás en ello. No debéis excusar tanto su falta por que yo hubiese podido cometerlas semejantes; decid más bien que, cuando yo que lo condeno, cayese en la misma ofensa, mi juicio serviría para aplicarme al instante la pena de muerte, y que ninguna parcialidad podría intervenir. Fuerza es que muera.

ESCALO.—Sea lo que decidáis.

ANGELO.—¿Dónde está el preboste?

EL PREBOSTE.—Estoy á vuestras órdenes.

ANGELO.—Que Claudio sea ejecutado mañana temprano, á las nueve; llevadle su confesor, y que se prepare á morir, pues ha llegado al término de su peregrinación. *(Sale el preboste.)*

ESCALO.—Vamos, ¡que el cielo lo perdone y que nos perdone á todos! Algunos prosperan con el crimen, otros son víctimas de la virtud. Hay quienes tienen todos los vicios, y no responden de ninguno; otros son condenados por una sola falta.

(Entran Codo, Espuma, el Bufón y oficiales de justicia)

CODO.—Vamos, llevadle: si son gentes buenas para un Estado, las que no hacen sino cometer abusos en los burdeles, digo que no conozco las leyes. Que los lleven.

ANGELO.—¡Qué hay! señor, ¿cuál es vuestro nombre? ¿y de qué se trata?

CODO.—Con el beneplácito de Vuestra Grandeza, soy oficial de policía del duque, y mi nombre es Codo. Descanso en la justicia, señor, y traigo ante Vuestra Grandeza dos insignes *bienhechores*.

ANGELO.—¿Bienhechores? ¡Y bien! ¿qué clase de bienhechores son esta gente? ¿No son malhechores?

CODO.—Con el beneplácito de Vuestra Grandeza, no sé muy bien lo que son; pero estoy seguro de que son verdaderos pillos, exentos de todas las *profanaciones mundanas*, deber de todo buen cristiano.

ESCALO.—No es mal principio; ¡vaya un oficial sensato!

ANGELO.—Proseguid: ¿de qué especie son estos dos hombres? ¿Codo es vuestro nombre? ¿por qué no habláis, Codo?

EL BUFÓN.—No puede, señor; tiene agujereado el codo.

ANGELO *(al Bufón)*.—¿Quién sois?

CODO.—¿El, señor? un mozo de taberna, un mueble al servicio de una mujer de malas costumbres, cuya casa, señor, ha sido, como se dice, destruída en los arrabales; y hoy tiene un establecimiento de baños, que, creo, es también de mala fama.

ESCALO.—¿Cómo sabéis eso?

CODO.—Mi esposa, señor, que *detesto*, ante el cielo y ante Vuestra Grandeza...

ESCALO.—¿Cómo, vuestra esposa?

CODO.—Sí, señor, mi esposa, quien, gracias al cielo, es una mujer hoirada...

ESCALO.—¿Y por eso la *detestáis*?

CODO.—Digo, señor, que me detestaría á mí mismo, tanto como á ella, si esa casa no es una casa de prostitución, y es lástima, pero es la verdad.

ESCALO.—¿Cómo sabéis eso?

CODO.—¡Ah! señor, por mi esposa, que si hubiese pecado *cardinalmente* (1), hubiera podido ser acusada de fornicación, adulterio y toda clase de impurezas.

(1) «Cardinalmente», carnalmente; este personaje, como se habrá comprendido, suele desfigurar las palabras con su mala pronunciación, y trueca á menudo unas por otras.

ESCALO.—¿Por las intrigas de esta mujer?

CODO.—Sí, señor, por la señora Overdone; pero como le ha escupido en el rostro, ella es quien le ha provocado.

EL BUFÓN.—Señor, con permiso de Vuestra Grandeza, esto no es verdad.

CODO.—Probadlo delante de estos pillos que están aquí; probadlo, *hombre honrado*.

ESCALO (á Angelo).—¿Oís cómo trueca una palabra por otra?

EL BUFÓN.—Señor, vino estando en cinta, y tenía gana, con perdón sea dicho, de ciruelas cocidas; no teníamos sino dos en la casa, que estaban entonces en un plato de trufas, un plato poco más ó menos de tres cuartos; Vuestras Grandezas han visto esos platos; no son platos de China, pero sí bastante buenos.

ESCALO.—Continúa, continúa: poco importa el plato.

EL BUFÓN.—No, señor, ni una cabeza de alfiler: tenéis razón, señor: pero al hecho. Como decía, esta señora Codo, estando en cinta, como dije, y con el vientre muy hinchado, ha tenido gana, como he dicho de ciruelas; no había sino dos en el plato, como he dicho; pues el maestro Espuma, que está aquí, se había comido el resto, como he dicho, y digo ahora que pagó como hombre honrado: por cierto que, como sabéis, maestro Espuma, no podré devolveros los tres cuartos.

ESPUMA.—No, ciertamente.

EL BUFÓN.—Muy bien: estabais, pues, si os acordáis, rompiendo las almendras de las antedichas ciruelas.

ESPUMA.—Sí, es verdad, así fué.

EL BUFÓN.—Vamos, eso es: como os decía, pues, si os acordáis, que tales y tales eran incurables de la enfermedad que sabéis, al menos que no observasen un buen régimen... como os decía.

ESPUMA.—Todo eso es verdad.

EL BUFÓN.—Pues eso es, eso es; entonces...

ESCALO.—Vamos, sois un tonto fastidioso. Al grano. ¿Qué han hecho á la esposa de este Codo, para que tenga razón de quejarse? Decid en seguida lo que se le ha hecho.

EL BUFÓN.—¡Qué!... ¿Vuestra Grandeza, no se entera todavía?

ESCALO.—No es tampoco mi intención.

EL BUFÓN.—Pero, señor, con permiso de Vuestra Grandeza ya os enteraréis; y os suplico contempléis al maestro Espuma, que está aquí, señor. Un hombre que tiene ochenta libras de renta al año, cuyo padre ha muerto el día de Todos-santos. ¿No fué el día de Todos-santos, maestro Espuma?

ESPUMA.—La noche del día de Todos-santos.

EL BUFÓN.—Muy bien: me parece que hasta aquí no miento. El, señor, estando sentado, como dije, en un taburete... Era en *el Racimo de Uvas*, donde os gustaba sentaros, ¿no es verdad?

ESPUMA.—Sí, me gusta, porque es un cuarto abierto y bueno en el invierno.

EL BUFÓN.—Pues eso es; me parece que no miento.

ANGELO (á Escalo).—Este relato durará toda una noche de Rusia, de las más largas. Voy á despedirme y á dejaros oír su charla, con la esperanza de que encontraréis materia para hacerlos azotar.

ESCALO.—Así lo espero. Salud, señor (*Sale Angelo*). Vamos, amigo, continuad: ¿qué han hecho á la esposa de Codo, una vez más?

EL BUFÓN.—¿Una vez, señor? Nada se le hizo una sola vez.

CODO.—Os ruego, señor, le preguntéis lo que este hombre ha hecho á mi esposa.

EL BUFÓN.—Os ruego, señor, que me lo preguntéis.

ESCALO.—¡Y bien! ¿qué es lo que este hombre le ha hecho?

EL BUFÓN.—Señor, contemplad bien el rostro de este hombre. Mi buena Espuma, mirad á su Gran-

deza: con buena intención se entiende. ¿Vuestra Grandeza observa su rostro?

ESCALO.—Sí muy bien.

EL BUFÓN.—No, os lo ruego.... observadlo bien.

ESCALO.—¡Y bien! Es lo que hago.

EL BUFÓN.—¿Ve Vuestra Grandeza algo malo en su rostro?

ESCALO.—¡No!

EL BUFÓN.—Si yo estuviera jurando sobre el libro sagrado, diría que su rostro es lo que hay de peor en él. ¡Pues bien! si el rostro es la cosa peor que hay en él, ¿cómo maestro Espuma habría podido hacer mal alguno á la esposa del oficial? Quisiera saberlo de Vuestra Grandeza.

ESCALO.—Tiene razón: ¿qué respondéis á eso?

CODO.—Primeramente, permitidme, la casa es una casa *respetada*; después, este es un hombre *respetado*, y su querida es una mujer *respetada*.

EL BUFÓN.—Por esta mano, señor, su esposa es una persona más *respetada* que todos nosotros.

CODO.—Tunante, mientes; mientes, tunante malvado; el tiempo en que haya sido *respetada* por hombre, mujer ó niño, está por llegar.

EL BUFÓN.—Señor ha sido *respetada* con él, antes de haberla desposado.

ESCALO.—¿Cuál es más sensata aquí, la justicia ó la iniquidad? ¿Es verdad eso?

CODO (*al Bufón.*)—Pillo, tuno, Anibal (1) malvado. ¿He sido yo *respetado* con ella antes de casarme con ella? Si jamás he sido *respetado* con ella, ó ella conmigo, que Vuestro Honor no me crea un pobre oficial del duque. Prueba esto, malvado Anibal, ó tendré contra ti mi acción de *asalto y vías de hecho*!

ESCALO.—Si os diese una bofetada, podríais ejercitar igualmente vuestra querrela de injuria.

(1) «Anibal», canibal.

CODO.—¡Oh! Agradezco á Vuestra Grandeza este aviso. ¿Qué es lo que Vuestra Grandeza desea que haga de este malvado pillo?

ESCALO.—Puesto que cometió algunas iniquidades que quisieras descubrir, si pudieras, déjalo continuar como de ordinario, hasta que sepas cuáles son.

CODO.—¡Oh! Agradezco á Vuestra Grandeza este consejo. Ya ves, pillastrón, lo que te sucede ahora: vas á continuar, tunante, vas á continuar.

ESCALO (*á Espuma.*)—¿Dónde habéis nacido, amigo mío?

ESPUMA.—Aquí, en Viena, señor.

ESCALO.—¿Es verdad que tenéis ochenta libras de renta?

ESPUMA.—Sí, con vuestro beneplácito, señor.

ESCALO.—Bien. (*Al Bufón.*) ¿Qué oficio es el vuestro?

EL BUFÓN.—Mozo de taberna, el mozo de una pobre viuda.

ESCALO.—¿El nombre de vuestra ama?

EL BUFÓN.—La señora Overdone.

ESCALO.—¿Ha tenido más de un marido?

EL BUFÓN.—Nueve, señor. El último la dejó exhausta (2).

ESCALO.—¡Nueve! Acercáos, maestro Espuma. Maestro Espuma, no quisiera que tuviérais tratos con mozos de taberna; os exp'otarán, maestro Espuma, y los haríais ahorcar. Idos, y que no oiga hablar más de vos.

ESPUMA.—Doy gracias á Vuestra Grandeza. En cuanto á mí, jamás voy á ninguna taberna, como no me lleven.

ESCALO.—Vamos, basta ya, maestro Espuma; adiós. (*Sale Espuma.*) Venid aquí, señor mozo de taberna; ¿cuál es vuestro nombre, amigo?

(2) Otro juego de palabras intraducible.

EL BUFÓN.—Pompeyo.

ESCALO.—¿Y qué más?

EL BUFÓN.—Calzones, señor.

ESCALO.—A fe que vuestros calzones son lo que hay de más grande en vos; de manera que, en cierto modo, sois Pompeyo el Grande. Pompeyo, sois un alcahuete, cualquiera que sea el colorido que deis á la cosa, con achaques de mozo de taberna, ¿no es así? Vamos, confesadme la verdad y saldréis ganando.

EL BUFÓN.—Francamente, señor, soy un pobre diablo que desea vivir.

ESCALO.—¿Cómo quisiérais vivir, Pompeyo? ¿Siendo un agente de infamia?... ¿Qué pensáis del oficio, Pompeyo? ¿Es ese un oficio permitido?

EL BUFÓN.—Si la ley quiere permitirlo, señor...

ESCALO.—Pero la ley no lo permite, Pompeyo, y no será permitido en Viena.

EL BUFÓN.—Vuestra Grandeza va á mutilar á toda la juventud de la ciudad?

ESCALO.—No, Pompeyo.

EL BUFÓN.—¡Pues entonces! señor, según mi pobre opinión, acudirá siempre allí. Si Vuestra Grandeza quiere poner buen orden entre las mozas y los tunos, no tendréis nada que temer de los medianeros.

ESCALO.—Existen bonitas ordenanzas que comienzan á ejecutarse, puedo asegurároslo; una bicoca; va en ello la cabeza.

EL BUFÓN.—Si ahorcáis y decapitáis á todos los que cometen este pecado, solamente durante diez años, haríais muy bien en dar un edicto para que buscasen luego cabezas. Como esta ley se ejecute en Viena, apuesto á que he de alquilar la casa más hermosa de la ciudad á tres cuartos por ventana. Si vivís lo bastante para ver eso, decid: Bien me lo predijo Pompeyo.

ESCALO.—Mil gracias, buen Pompeyo; y, en recompensa de vuestra profecía, estadme atento:—

que no os vuelva á ver delante de mí por ninguna queja; y que no me vengáis á decir que habitáis en la misma casa; si os encuentro allí, Pompeyo, os echaré á golpes hasta vuestra tienda, y seré un rudo César para vos.—Más claro, Pompeyo, os haré azotar; por esta vez, Pompeyo, id con Dios.

EL BUFÓN.—Agradezco á Vuestra Grandeza su buen consejo; pero lo seguiré según decidan la carne y la fortuna... Azotarme á mí? No, no: que el carretero azote á su rocín. No se arroja á latigazos á un valiente.

(Sale.)

ESCALO.—Acercaos, maestro Codo; venid, maestro: ¿cuánto tiempo hace que ejercéis este empleo?

CODO.—Siete años y medio, señor.

ESCALO.—Ya suponía yo, viendo vuestra habilidad, que hacía algún tiempo que lo ocupabais. ¿No decís siete años enteros?

CODO.—Y medio, señor.

ESCALO.—¡Ay! muchas penas os ha costado. Poco os querrán cuando os encargaron tal oficio; ¿no hay en vuestra guardia hombres en estado de suplirlos?

CODO.—Realmente, señor, hay pocos que tengan algún talento para esta especie de empleo: se les escoge; pero luego los elegidos me toman á mí por sustituto, y por algunas piezas de plata les sirvo.

ESCALO.—Escuchadme: traedme los nombres de seis ó siete, poco más ó menos, entre los más notables de vuestra parroquia.

CODO.—¿A la casa de Vuestra Grandeza, señor?

ESCALO.—Sí, á mi casa. Adiós. (Sale Codo.) ¿Qué hora creéis que sea? (Al juez de paz.)

EL JUEZ.—Las once, señor.

ESCALO.—Os invito á comer conmigo.

EL JUEZ.—Humildemente os lo agradezco.

ESCALO.—Mucho me aflige la muerte de Claudio; pero no hay remedio.

EL JUEZ.—El señor Angelo es severo,

ESCALO.—Es una necesidad; la clemencia cesa de serlo cuando se emplea con demasiada frecuencia. El perdón es siempre el padre de un segundo crimen; ¡pero aun así... desventurado Claudio!—No hay remedio.—Seguidme. *(Salen.)*

ESCENA II

Otro aposento en la casa de Angelo

Entran el PREBOSTE y un criado.

EL CRIADO.—Está ocupado en oír un asunto; va á venir en seguida. Voy á anunciaros.

EL PREBOSTE.—Os lo ruego. *(El criado sale.)* Vengo á saber sus órdenes: quizás se deje doblegar. ¡Ay! su delito es como un crimen en sueño. A todas las edades, á todas las sectas corrompió este vicio, ¡y habrá de morir por él! *(Entra Angelo.)*

ANGELO.—¡Veamos! ¿qué motivo os trae, preboste?

EL PREBOSTE.—¿Está resuelto que Claudio muera mañana?

ANGELO.—¿No os he dicho que sí? ¿no tenéis la orden? ¿Por qué venís á preguntármelo segunda vez?

EL PREBOSTE.—Temí obrar de ligero. Excusadme; he visto algunas veces que después de la ejecución, la justicia se ha arrepentido de la sentencia.

ANGELO.—Idos, esto me concierne; haced vuestro deber, ó ceded vuestro puesto; podemos pasar sin vos.

EL PREBOSTE.—Pido perdón á Vuestra Grandeza.—¿Qué haremos de la quejumbrosa Julieta que está muriéndose?

ANGELO.—Conducidla á un lugar más conveniente, y esto sin tardanza. *(Entra el criado.)*

EL CRIADO.—Señor, está aquí la hermana del reo, que pide audiencia.

ANGELO.—¿Tiene una hermana?

EL PREBOSTE.—Sí señor: una joven muy virtuosa, y pronta á entrar en un convento, si ya no está en él.

ANGELO.—Vamos, que la hagan entrar. *(Sale el criado.—Al preboste.)* Haced que la culpable sea llevada por otra parte; que se le dé lo necesario, pero sin lo superfluo: daré órdenes para esto.

(Entran Lucio é Isabel.)
EL PREBOSTE *(haciendo ademán de retirarse)*.—Que Dios salve á Vuestra Grandeza.

ANGELO.—Esperad aún un momento. *(A Isabel.)* Bienvenida seáis: ¿qué deseábais?

ISABEL.—Ahí tenéis, señor, á una desgraciada que viene á suplicaros. Dignaos escucharme, señor.

ANGELO.—Veamos, ¿cuál es vuestra demanda?

ISABEL.—Un vicio hay que detesto más que otro alguno, y que quisiera ver constantemente perseguido; por desgracia, aunque repugna á mi corazón defenderlo, á ello me fuerza en este instante la necesidad... no lo quisiera... señor... vedme aquí en guerra conmigo misma, queriendo y no queriendo á un tiempo.

ANGELO.—Veamos, ¿de qué se trata?

ISABEL.—Tengo un hermano que está condenado á muerte; ¡cómo rogaros que condenéis su falta, sin condenarle á él!

EL PREBOSTE.—¡Quiera el cielo concederte el dón de conmoverle!

ANGELO.—¡Condenar al crimen y no al criminal! ¡Pero si todo crimen está condenado, aun antes de ser cometido! Mis funciones se reducirían á cero, si sólo diese con las faltas cuya pena está marcada en el código, para dejar escapar á los culpables.

ISABEL.—¡Oh ley justa, pero cruel! ¡Entonces, pierdo á mi hermano! ¡Que el cielo os guarde!

LUCIO.—No renunciéis así: volved hacia él: rogad-

le; arrojao á sus plantas; agarraos de su toga: sois muy fría, si le pidiéseis sólo un alfiler no podríais hacerlo con más indiferencia; avanzad hacia él, os digo.

ISABEL (*se acerca.*)—¿Fuerza es que muera?

ANGELO.—No hay remedio, joven.

ISABEL.—¡Ay! bien podríais perdonarlo, sin que el cielo ni los hombres se quejaran de este perdón.

ANGELO.—No quiero hacerlo.

ISABEL.—¿Pero, lo podríais si quisiérais?

ANGELO.—Lo que no quiero hacer no lo puedo hacer.

ISABEL.—¿Pero podríais hacerlo sin perjudicar á nadie en el mundo, si vuestro corazón sintiera por él la misma piedad que yo?

ANGELO.—Su sentencia está pronunciada; es demasiado tarde.

LUCIO (*bajo á Isabel.*)—Sois muy fría.

ISABEL.—¡Demasiado tarde! No; con sólo una palabra puedo revocarla. Pensad que ni la pompa á los grandes, ni la corona al monarca, ni la cuchilla al ministro, ni el báculo al mariscal, ni la toga al juez, nada les sienta tan bien como la clemencia. Si él estuviese en vuestro lugar y vos en el suyo, reo como él de su falta no habría sido tan desapiadado como vos.

ANGELO.—Retiraos por Dios.

ISABEL.—Ojalá el cielo me hubiese dado vuestro poder, y fuérais vos Isabel. ¿Sería entonces lo mismo? No. Entonces os probaría lo que es ser juez y lo que es ser prisionero.

LUCIO.—Bien; habladle de él, que este es el punto vulnerable.

ANGELO.—Vuestro hermano está condenado por la ley; habláis en vano.

ISABEL.—¡Ah! Todas las almas que han existido han sido condenadas, y Dios que hubiera podido vengarse con más justicia, halló un arbitrio para salvarlas. ¿Qué seríais si Aquel supremo juez os



LUCIO.—...rogadle, arrojao á sus plantas

juzgara solamente por lo que sois? ¡Oh! pensad en esto, y entonces la clemencia fluirá de vuestros labios, y seréis un nuevo hombre.

ANGELO.—Cesad en vuestras quejas, bella joven; la ley y no yo, condena á vuestro hermano: aunque fuese mi padre, mi hermano ó mi hijo, lo mismo sería para él; es preciso que muera mañana.

ISABEL.—¡Mañana! ¡oh! ¡eso es muy pronto! Perdonadlo, perdonadlo ¡señor! no está preparado para la muerte; hasta para guisarla matamos la caza en su tiempo: ¿serviríamos al cielo con menos miramiento, groseras criaturas? Reflexionadlo, señor: ¿á quién mataron nunca por esta falta? ¡Cuántos la han cometido antes que él!

LUCIO.—Valor, bien dicho.

ANGELO.—No por estar adormecida había muerto la ley. Esos tales no habrían osado cometer este delito, si el primero que la infringió hubiese respondido de su acción; ahora la ley está despierta, observa lo que pasa, y contempla, como en un espejo, los futuros crímenes; los que germinaron hasta ahora, al calor de la indulgencia, prontos á brotar de su capullo, van á ser sofocados con este acto de severidad; así se esteriliza su acción, antes que nazcan.

ISABEL.—No obstante, ejercitad, señor, alguna piedad.

ANGELO.—La ejercito sobre todo con la justicia, pues entonces tengo piedad de hombres que no conozco, y á quienes envenenaría el crimen cometido; hago justicia á un hombre que, pagando por una acción criminal, no podrá cometer una segunda. No insistáis más: vuestro hermano morirá mañana y es fuerza resignaros.

ISABEL.—Por lo visto, necesario es también que seáis el primero en pronunciar esta sentencia, y él, el primero en sufrirla. ¡Oh! hermoso es tener la fuerza de un gigante; pero es una tiranía usar de ella como tal.

LUCIO.—Bien dicho.

ISABEL.—Si los grandes de la tierra dispusieran, como Dios, del trueno, el más pequeño oficial se ocuparía continuamente en tronar. ¡Cielo misericordioso! Tú, antes herirás con tus saetas la encina nudosa y rebelde al hacha, que al suave mirto; pero el hombre..., ¡oh! el hombre... orgulloso... revestido con la autoridad de un momento, él, más ignorante y falible que nadie, de existencia frágil como el vidrio, se complace como un mono enfurecido, en acciones tan extravagantes á la faz del cielo, que hace llorar á los ángeles.

LUCIO.—¡Oh! Seguid estrechándole con ahinco, y se suavizará. Se rinde ya; lo estoy viendo.

EL PREBOSTE.—¡Roguemos al cielo que llegue á doblegarlo!

ISABEL.—Ya sé que no es posible la comparación entre vos y mi hermano; los grandes tienen el privilegio de burlarse de los santos; esto que es para ellos un rasgo de ingenio, en sus inferiores parece odiosa profanación.

LUCIO.—Estáis en el buen camino; seguid.

ISABEL.—Lo que suena á chanza en boca del general, parece en la del soldado una blasfemia.

LUCIO.—¿Dónde ha aprendido todo eso? Seguid.

ANGELO.—¿Por qué me aplicáis estas sentencias?

ISABEL.—Porque la autoridad, aunque sujeta á errar como los otros, lleva consigo el bálsamo que cicatriza la herida. Sondead vuestro pecho; llamad á la puerta de vuestro corazón y preguntadle si es capaz de cometer el crimen de mi hermano. ¿Lo confiesa? pues entonces, que no venga luego á sentenciar á los demás.

ANGELO (*aparte*).—Habla con tan buen sentido, que sugiere á mi ánimo nuevas ideas. (*A Isabel.*) Adios.

ISABEL.—Aguardad un instante.

ANGELO.—Lo pensaré. Volved mañana.

ISABEL.—Escuchad por qué medios quiero corromperos: aguardad.

ANGELO.—¿Qué decís, corromperme á mí...?

ISABEL.—Sí, con dones que el cielo compartirá con vos.

LUCIO.—De otro modo todo lo habríais echado á perder.

ISABEL.—No con vanos sequines de oro de ley, ni con piedras de incierta tasa, según el valor que les da la fantasía; sino con plegarias fieles que volarán al cielo y entrarán allí antes que los rayos del sol; sí, con las oraciones de las almas preservadas de la corrupción del mundo, y cuyo corazón no está consagrado á la tierra.

ANGELO.—Vamos, venid á verme mañana.

LUCIO (*aparte, á Isabel*).—Retiraos, todo va bien: salid.

ISABEL.—¡Guarde el cielo á Vuestra Alteza!

ANGELO (*aparte*).—Así sea; pues tomo el camino de la tentación, del cual preservan las oraciones.

ISABEL.—¿A qué hora volveré mañana?

ANGELO.—Cuando queráis, antes de medio día.

ISABEL.—¡Que el cielo preserve á Vuestra Alteza!

(*Sale con Lucio.*)

ANGELO.—¡Sí que el cielo me preserve de ti, y aun de tu virtud! ¿Qué quiere decir esto? ¿Es su culpa ó la mía? ¿Cuál peca más, el tentador ó el que es tentado? ¡Ah! no es ella, no, quien me tienta; soy yo que, expuesto al sol, hago como la carroña, más bien que como la flor, y me corrompo bajo la benéfica influencia de la estación. ¿Puede la modestia ser más peligrosa á nuestros sentidos que la liviandad? ¿Pero qué estoy haciendo? ¿Voy á demoler el templo de la verdad para sembrar el vicio en su lugar?... ¡Qué ignominia! ¿Qué haces, ó quién eres, Angelo? ¿Vas á codiciarla criminalmente por estas mismas cualidades que la hacen virtuosa? ¡Ah! ¡que su hermano viva! Los ladrones están autorizados al pillaje, cuando los mismos jueces roban. ¡Qué! ¿Es que la amo y deseo oirla hablar

aún, y alimentarme con la vista de sus ojos? ¿En qué soñaba, pues? ¡Oh astuto enemigo que, para coger á un santo, cebas tu anzuelo con santos! Las tentaciones más peligrosas son aquellas que nos impulsan al crimen con los atractivos de la virtud: jamás la prostituta con sus dos poderosas armas, el arte y la naturaleza, pudo vencer mis sentidos; pero esta niña virtuosa me subyuga enteramente. Hasta este momento cuando veía á los otros amar, me sonreía, y me admiraba de su locura. *(Sale.)*

ESCENA III

Una cárcel

EL DUQUE en hábito de religioso, EL PREBOSTE.

EL DUQUE.—Salud, preboste, digo... supongo que sois tal.

EL PREBOSTE.—Sí, soy el preboste: ¿qué deseáis buen religioso?

EL DUQUE.—Obligado por mi caridad y por mi santa profesión, vengo á visitar las almas afligidas encerradas en esta cárcel; acordadme el derecho ordinario de verlas é informarme de la naturaleza de sus crímenes, á fin de que pueda administrarles mis socorros espirituales.

EL PREBOSTE.—Haré más si fuere necesario. *(Entra Julieta.)* Aquí tenéis una de mis damas, una muchacha, que, en la hoguera de sus años, quemó su reputación: está en cinta, y el padre de su hijo condenado á muerte; ¡gran muchacho!... más apto para reincidir en su falta que para morir por ella.

EL DUQUE.—¿Cuándo debe morir?

EL PREBOSTE.—A lo que creo, mañana. *(A Julieta.)* He proveído á vuestras necesidades: esperad un momento, que os acompañarán.

EL DUQUE *(á Julieta)*.—¿Os arrepentís, bella niña, de vuestro pecado?

JULIETA.—Sí, y soporto la vergüenza con paciencia.

EL DUQUE.—Os enseñaré los medios de examinar vuestra conciencia, y de probar si vuestro arrepentimiento es sincero ó liviano.

JULIETA.—Con mucho gusto.

EL DUQUE.—¿Amáis al hombre que así os afrentó?

JULIETA.—Sí, tanto como á la mujer que causó su desgracia.

EL DUQUE.—Entonces, consentisteis en la falta.

JULIETA.—Sí.

EL DUQUE.—¿Entonces vuestro pecado ha sido más grande que el suyo?

JULIETA.—Lo confieso y me arrepiento, padre.

EL DUQUE.—Y es justo, hija mía; pero advertid que no os valdrá arrepentiros, porque sintáis vuestra deshonra; este arrepentimiento tendría mucho de egoísta, y para nada interesaría al cielo... argüiría á las claras, que si no le ofendéis, no es por amor sino por temor á la venganza.

JULIETA.—Me arrepiento de mi falta, porque es un pecado, y acepto la vergüenza con gusto.

EL DUQUE.—Perseverad en ello. Vuestro cómplice, por lo que oigo decir, debe morir mañana; voy á visitarlo y á darle mis consejos. ¡Que la gracia del cielo os acompañe!—*Benedicite.* *(Sale rezando.)*

JULIETA.—¡Morir mañana! ¡Oh injusta ley, que me deja una vida cuyo único consuelo consiste en sufrir á cada instante los horrores de la muerte!

EL PREBOSTE.—¡Es lástima que sea así! *(Salen.)*

ESCENA IV

Aposento en la casa de Angelo

Entra ANGELO.

ANGELO.—Cuanto más me empeño en meditar y rezar, más se extravían mis pensamientos y mis oraciones vagando de objeto en objeto; el cielo sólo alcanza de mí vanas palabras, mientras mi imaginación, sin atender á mi lengua, está fija en su recuerdo. Vaga por mis labios la plegaria, como si no hiciera más que sabroscarla distraído, y en tanto crece en mi corazón la fatal pasión que lo llena. El Estado cuyos asuntos estudiaba, se ha convertido para mí en un buen libro que, á fuerza de re leerle, sólo inspira aversión y fastidio; sí, me siento capaz (¡que nadie me oiga!) de trocar este pesado ministerio de que estoy orgulloso, por una pluma liviana, juguete vano del aire. ¡Oh dignidad! ¡oh pompa exterior! ¡Cuántas veces mueves á veneración á los tontos con tus vestidos y tu envoltura, y encadenas las almas más sabias con falsas apariencias. ¡Carne, no eres sino carne! Inscribe, *buen angel*, en el asta del diablo, y dejará de ser la cimera del diablo. (Entra un criado.) Quién anda por ahí?

EL CRIADO.—Una muchacha llamada Isabel, una hermana que desea hablaros.

ANGELO.—Enséñala el camino. (Sale el criado.) — (Solo.) ¡Oh cielo! ¿por qué toda mi sangre refluye á mi corazón, privando á todos mis órganos del conveniente resorte! La multitud insensata se agrapa alrededor de un hombre que se desvanece; y con

achaque de socorrerle, le roba el aire que lo reanimaría; del propio modo los súbditos de un monarca amado olvidan sus papeles, é impulsados por respetuosa afección, se agrupan en su presencia cuando el amor inconsiderado va necesariamente á parecer una injuria. (Entra Isabel.)

ANGELO.—¿Qué hay? ¡bella joven!

ISABEL.—He venido á saber vuestra resolución.

ANGELO.—Preferiría que la adivinarais, sin obligarme á decirla. No es posible salvar á vuestro hermano.

ISABEL.—Siendo así, que el cielo os guarde.

(Va á salir.)

ANGELO.—Y no obstante puede vivir todavía, y podría suceder que viviese tanto tiempo como vos ó yo... Pero es necesario que muera.

ISABEL.—¿Por vuestra sentencia?

ANGELO.—Sí...

ISABEL.—¿Cuándo?... os lo suplico, á fin de que, en la tregua más ó menos breve que le sea acordada, pueda prepararse para salvar su alma.

ANGELO.—¡Oh! No haya perdón para estos vicios vergonzosos! Tanto valdría perdonar al que hurta á la naturaleza un hombre ya formado, como á la insolente voluptuosidad de aquellos que arrojan la imagen del Creador en los moldes prohibidos por el cielo: no es más culpable cortar periódicamente una vida formada legítimamente, que arrojar metal en los vasos prohibidos para crear una vida ilegítima.

ISABEL.—Tales son las leyes del cielo, pero no las de la tierra.

ANGELO.—¿Qué estáis diciendo? Fácil me será confundiros. ¿Qué preferís? Que la justicia condene á vuestro hermano, ó rescatar su vida con la deshonra, como su cómplice?

ISABEL.—Señor, creedme, prefiriera sacrificar mi cuerpo á mi alma.

ANGELO.—No hablo de vuestra alma; los pecados que la necesidad nos obliga á cometer, no hacen

más que aumentar su número, sin cargarnos más.

ISABEL.—¿Qué decís?

ANGELO.—No, no..... digo mal..... pues podría dar razones contra lo que acabo de decir. Pero respondme:—yo, que soy la voz de la ley escrita, pronuncio contra vuestro hermano una sentencia de muerte: ¿no habría caridad en un pecado que salvase su vida?

ISABEL.—¡Ah! dignaos hacerlo: yo cargo con la responsabilidad; esto no sería un pecado sino un acto de clemencia.

ANGELO.—Si quisiérais hacerlo vos misma con peligro de vuestra alma, el peso del pecado y el de la caridad serían iguales.

ISABEL.—¡Oh! ¡si pedir la vida de mi hermano es un pecado, hacedme, cielo, soportar todo su peso! y si es en vos un pecado el ceder á mi solicitud, todas las mañanas rogaré á Dios para que esta falta sea agregada á las mías y vos no tengáis que responder de nada.

ANGELO.—No. Escuchadme: vuestra idea no sigue el sentido de la mía; ó sois ignorante, ó afectáis serlo por astucia, lo cual no parece bien.

ISABEL.—Poco me importa ser ignorante y llena de defectos en todo, con que no me falte la humildad de reconocerlo.

ANGELO.—Acusándose á sí misma, intenta á veces la prudencia alcanzar mayor brillo; como las caretas negras proclaman la belleza que ocultan, diez veces más alto que no podría hacerlo el rostro descubierto. Pero oídme, Isabel; para ser bien comprendido voy á hablar más claro: vuestro hermano debe morir.

ISABEL.—Sí.

ANGELO.—Y su delito es tal que debe sufrir la pena impuesta por la ley.

ISABEL.—Es verdad.

ANGELO.—Suponed que no haya otro medio para salvar su vida (bien que no consienta yo en este me-

dio, ni en ningún otro; me valgo solo de una suposición), que entregar vos el tesoro de vuestra belleza al hombre que pudiera libertarle ya por su elevado puesto, ya por su influencia cerca del juez... decidme ¿qué haríais?

ISABEL.—Haría por mi pobre hermano todo lo que haría por mí misma: quiero decir, que si yo estuviese condenada á muerte, llevaría las señales dolorosas del látigo, como rubíes, y me desnudaría de todo para ir á la muerte, como á un lecho deseado, antes que ceder mi cuerpo á la deshonra.

ANGELO.—¿En este caso vuestro hermano moriría?

ISABEL.—Y sería el partido más suave; es preferible que muera mi hermano una vez, á morir yo eternamente por salvarle.

ANGELO.—¿Y no seríais entonces tan cruel como la sentencia contra la cual habéis reclamado tanto?

ISABEL.—No hay parentesco alguno entre la ignominia y el perdón; ni la clemencia legítima se parece en nada á un rescate vergonzoso.

ANGELO.—Parecía hace poco que veíais en la ley á un tirano é intentabais probar que la falta de vuestro hermano era más bien una locura que un vicio.

ISABEL.—¡Ah! Perdonadme, señor; sucede con frecuencia que, por alcanzar nuestro deseo, no decimos todo lo que pensamos; excuso un poco el vicio que aborrezco, en favor del hombre á quien amo tiernamente.

ANGELO.—Todos somos frágiles.

ISABEL.—Muera mi hermano si no es feudatario de una servidumbre común, sino heredero y poseedor único de la flaqueza.

ANGELO.—Pero las mujeres son frágiles también.

ISABEL.—Sí, como el espejo donde se miran y que se rompe tan fácilmente como refleja su rostro. ¡Las mujeres! ¡que el cielo las ayude! Los hombres corrompen su inocencia aprovechándose de su debilidad. Sí, llamadnos diez veces frágiles, pues somos

tan tiernas como nuestra complexión, y materia dispuesta á falsas impresiones.

ANGELO.—Soy de vuestro parecer; y, según este testimonio relativo á vuestro propio sexo, permitidme que me explique con más claridad; puesto que supongo que no estamos hechos para tener una fuerza á prueba de todas las faltas. Me fundo en vuestras propias palabras: sed lo que sois, quiero decir, una mujer. Si sois más, dejáis de ser una mujer; si sois mujer (como lo anuncian visiblemente todas las garantías exteriores), mostradlo en este momento, revistiendo el traje que os corresponde.

ISABEL.—No conozco más que un lenguaje, señor; habladme como lo hacíais primero.

ANGELO.—Comprendedme claramente... os amo.

ISABEL.—Mi hermano amaba á Julieta, y me decís que es preciso que muera por eso.

ANGELO.—No morirá, Isabel, si me acordáis vuestro amor.

ISABEL.—Sé que vuestra virtud tiene el privilegio de fingir cierta apariencia de vicio para sorprender á los otros.

ANGELO.—Creedme, por mi honor: mis palabras expresan exactamente mi pensamiento.

ISABEL.—¡Ah! Cuánto más os comprenda, más vais á perder en ello. ¡Pernicioso pensamiento! ¡Hipócrita, hipócrita! Te denunciaré muy alto, Angelo; cuidado con lo que dices: fírmame dentro de un momento el perdón de mi hermano, ó voy, á voz en grito, á publicar ante el universo quién eres.

ANGELO.—¿Y quién te creerá, Isabel? Mi nombre sin mancha, la austeridad de mi vida, mi testimonio contra ti y mi alta gerarquía, tendrán tanta preponderancia sobre tu acusación, que serías ahogada bajo tu propio relato y tildada de embustera. Puesto que empecé, suelto la brida á mi pasión: da tu consentimiento á mis violentos deseos; cesen tus escrúpulos, y este fatigoso rubor incentivo á la codicia. Rescata á tu hermano, entregándome tu

amor; de lo contrario ¡ay! no solamente morirá, sino que tu dureza prolongará su muerte con largos tormentos. Dame tu respuesta mañana, ó, lo juro por la pasión que me domina ahora, que me mostraré tirano con él. En cuanto á tus amenazas, dí



lo que quieras; mis mentiras tendrán más crédito que tus verdades.

(Sale.)
ISABEL (Sola).—¿A quién llevaré mis quejas? Si volvía á decir esto, ¿quién me creería? ¡Oh bocas funestas, armadas de una sola y misma lengua para